

Reportaje

El cristiano y el medio ambiente **Pbro. Miguel Espinosa Villanueva**

Vivimos un singular momento de la historia, en el que el acelerado crecimiento de la población humana, en la cotidiana búsqueda de satisfacer necesidades y obtener beneficios, presiona gravemente sobre los recursos naturales provocando su deterioro. En nuestro país, por lo general, no tenemos una plena conciencia de lo grave del problema, por eso es que participamos poco en la aplicación de las alternativas de solución que de hecho existen, pero las ignoramos o no nos interesan.

Urge que desarrollemos y promovamos una cultura de respeto y defensa de la naturaleza, aprovechando la experiencia y el apoyo que pueden brindarnos las organizaciones de gobierno, como las de la sociedad civil. La Iglesia no puede ser ajena a este movimiento, reformulando los principios y valores que sustenten una actitud y práctica que ame y proteja la creación, obra de Dios y confiada a nuestra responsabilidad.

El tema de la ecología es relativamente nuevo dentro de la enseñanza social de la Iglesia. Es responsabilidad muy seria para los cristianos que seamos concientes y valoremos que ni la Sagrada Escritura, ni el Magisterio de la Iglesia permiten sustentar la explotación irracional de la creación; al contrario, desde el principio, en su mensaje la doctrina nos invita a trabajar para el bien común y el cuidado responsable de la naturaleza. Desde el Génesis la constante es que Dios es Creador, el dueño de todo, mientras que el ser humano es un administrador. La creación tiene un destino universal, es decir está al servicio de la vida digna de toda persona.

El Magisterio de la Iglesia ha insistido en considerar a la creación en su aspecto global. Sobre todo con el Papa Juan Pablo II, se nos insta a que unamos nuestros esfuerzos eficaces, tanto para proteger la naturaleza, como para fomentar la ecología humana, pues, vista la Creación en su unidad, así como narra San Pablo en Romanos 8,22-23: "todo lo creado gime en la espera de la plenitud".

Tanto el pecado personal como el social han afectado y desminuido el compromiso que deberíamos tener para con lo creado. Este no es un problema de Religión, sino una cuestión moral: "En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico" (Centesimus Annus 37- 39): "... La crisis ecológica es un problema moral".

En el mensaje para la Jornada Mundial por la Paz para este 2005, nos dice el Papa: "Dado que el bien de la paz está unido estrechamente al desarrollo de todos los pueblos, es indispensable tener en cuenta las implicaciones éticas del uso de los bienes de la Tierra. El Concilio Vaticano II ha recordado que Dios ha destinado la Tierra para el uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad".

La ecología es un tema siempre actual, pues repercute en nuestro entorno; por eso, si amamos a Dios, necesariamente hemos de amar su obra: la creación. Al releer nosotros la Biblia, al tener presente el Magisterio de la Iglesia y tomar en cuenta la voz de Dios en la creación, ¿tendremos la disposición de colaborar como servidores de la vida?...

En la Jornada Mundial por la Paz, el 1 de enero de 1990, el Papa Juan Pablo II nos regaló un mensaje totalmente a favor del medio ambiente. Nos señaló:

“Ante el extendido deterioro ambiental, la humanidad se da cuenta de que no se puede seguir usando los bienes de la tierra como en el pasado... Se está formando así una *conciencia ecológica*, que no debe ser obstaculizada, sino más bien favorecida, de manera que se desarrolle y madure, encontrando una adecuada expresión en programas e iniciativas concretas. Algunos elementos de la presente crisis ecológica revelan de modo evidente su carácter moral. Entre ellos hay que incluir, en primer lugar, *la aplicación indiscriminada de los adelantos científicos y tecnológicos*. Muchos descubrimientos recientes han producido innegables beneficios a la humanidad; es más, ellos manifiestan cuán noble es la vocación del hombre a participar responsablemente en la acción creadora de Dios en el mundo. Sin embargo, se ha constatado que la aplicación de algunos descubrimientos en el campo industrial y agrícola produce, a largo plazo, efectos negativos. Todo esto ha demostrado crudamente cómo *toda intervención en un área del ecosistema debe considerar sus consecuencias en otras áreas y, en general, en el bienestar de las generaciones futuras*.

La disminución gradual de la capa de ozono y el consecuente «efecto invernadero» han alcanzado ya dimensiones críticas debido a la creciente difusión de las industrias, de las grandes concentraciones urbanas y del consumo energético. Los residuos industriales, los gases producidos por la combustión de carburantes fósiles, la deforestación incontrolada, el uso de algunos tipos de herbicidas, de refrigerantes y propulsores; todo esto, como es bien sabido, deteriora la atmósfera y el medio ambiente. De ello se han seguido múltiples cambios meteorológicos y atmosféricos cuyos efectos van desde los daños a la salud hasta el posible sumergimiento futuro de las tierras bajas.

Mientras en algunos casos el daño es ya quizás irreversible, en otros muchos aún puede detenerse. Por consiguiente, es un deber que toda la comunidad humana —individuos, Estados y Organizaciones internacionales— asuma seriamente sus responsabilidades.

Pero el signo más profundo y grave de las implicaciones morales, inherentes a la cuestión ecológica, es la falta de *respeto a la vida*, como se ve en muchos comportamientos contaminantes.

Las razones de la producción prevalecen a menudo sobre la dignidad del trabajador, y los intereses económicos se anteponen al bien de cada persona, o incluso al de poblaciones enteras. En estos casos, la contaminación o la destrucción del ambiente son fruto de una visión reductiva y antinatural, que configura a veces un verdadero y propio desprecio del hombre. Asimismo, los delicados equilibrios ecológicos son alterados por una destrucción incontrolada de las especies animales y vegetales o por una incauta explotación de los recursos; y todo esto —conviene recordarlo— aunque se haga en nombre del progreso y del bienestar, no redundará ciertamente en provecho de la humanidad.

Finalmente, se han de mirar con profunda inquietud las incalculables posibilidades de la investigación biológica. Tal vez no se ha llegado aún a calcular las alteraciones provocadas en la naturaleza por una indiscriminada manipulación genética y por el desarrollo irreflexivo de nuevas especies de plantas y formas de vida animal, por no hablar de inaceptables intervenciones sobre los orígenes de la misma vida humana. A nadie escapa cómo, en un sector tan delicado, la indiferencia o el rechazo de las normas éticas fundamentales lleven al hombre al borde mismo de la autodestrucción.

Es el respeto a la vida y, en primer lugar, a la dignidad de la persona humana la norma fundamental inspiradora de un sano progreso económico, industrial y científico.

Es evidente a toda la complejidad del problema ecológico. Sin embargo, hay algunos principios básicos que, respetando la legítima autonomía y la competencia específica de cuantos están comprometidos en ello, pueden orientar la investigación hacia soluciones idóneas y duraderas. Se trata de principios esenciales para construir una sociedad pacífica, *la cual no puede ignorar el respeto a la vida, ni el sentido de la integridad de la creación*".